

Escribir sin papel

Poemas



MALOS TIEMPOS

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



MALOS TIEMPOS

EN CASA

Otra vez estoy de vuelta en mi casa,
acomodado entre las cosas de siempre,
envuelto en el olor personal de las paredes.
Y otra vez, también hoy,
he cerrado la puerta de la calle
como se cierra un muro de defensa.
Fuera está todo eso... ya sabéis:
las cosas que pasan. Por lo menos,
las cosas que otros dicen que suceden.
A mí me gusta y me gustaba
enredarme entre todos los tonos de su ruido,
y nadar entre ellas
observando sus formas y sus metamorfosis,
preguntando si esto o si lo otro
y que quién lo ha pensado
y que a quién se lo ha dicho.
Pero al final... al final me acaban molestando.
Percibo en cada calle, en cada rincón,
en cada una de las cosas que dicen que se han dicho,
una mirada hostil,
un ímpetu contrario a todos los que estamos escuchando.

Me suena el corazón en la cabeza.
Maldigo el miedo
que me da conocer todas aquellas cosas
que suceden o que dicen
algunos que suceden. Y me escapo.
Luego, encerrado aquí,
como tantos otros días,
no sé por qué, pero no soy el mismo.
Y sé además que no soy tampoco el único.
Se me pierden por dentro las palabras,
se me pasan las horas intentando saber
si cambiará todo lo malo,
si algún día,

seré útil yo para que todo cambie.
Y miro la mesa, los libros,
y la radio me cuenta algunos cuentos
antes de que me duerma.
Pero querer y no saber y no poder
es un oficio incómodo
cuando estás solo. Ya sabéis,
hoy en día, los versos
tienen más bien poco valor de uso.
Se apaga la luz
y en la calle el ruido continúa.

OLOR A SAL

Aquí, hasta mi recuerdo, llega el olor a sal
de ese mar que otro tiempo acogió la ilusión
de un muchacho feliz. Tocaba con el dedo
el agua y en el agua la vida se agolpó.

Aquí, a mi recuerdo, llega olor a sal.
Yo tocaba, muchacho ilusionado,
el agua tibia, y en el agua veía
-igual que algunos ven en un cristal la vida-
mi vida. Yo tocaba la concha de las lapas
y la dureza áspera de los acantilados.
Yo bañaba mis manos en el agua y sentía
latir mi corazón al ritmo de la vida.
Era un atardecer. Hasta allí caminamos
mi hermana y yo. Han pasado los años como mirlos.
Pero el recuerdo es terco, no se deja rendir,
y cada tanto vuelve el viejo olor a sal.

“¿Qué ves en este mar?”

Y en el mar, en el agua, en la piedra, en la nube
yo veía los mismos mares, aguas y piedras
en los que en otro tiempo, también en otra costa,
-lejanos, sí, lejanos, pero era el mismo mar-
otros hombres bañaron sus manos una tarde.
Yo escuchaba sus voces, oía sus miradas,
en el agua leía lo que ellos escribieron.

Aquella tarde limpia yo empecé a ser un hombre.
Me miraron los sabios y me hablaron los músicos.

Oí su voz lejana y la guardé en mis ojos,
con el agua y la sal me acompañaron siempre.
“¿Qué ves en este mar?”
Con el mar en mis manos, en el mar vi mis ojos.

Ahora a mi recuerdo llega olor a sal.
Pero en el aire seco, ¿dónde está el mar?
Los años han borrado el canto de los músicos
y ya nadie los oye
ni sumerge sus dedos de muchacho en el agua salada.

MI recuerdo me ofrece solamente
el olor de la sal. Apenas se perciben
la voz de los filósofos o el canto de los músicos
confundidos por siempre
con el entrecocar de los guijarros.
Igual que yo, otros hombres lloran porque no entienden
la voluntad del mundo.
Lloran porque han perdido la música del mar
y en su recuerdo habita solamente el adorno,
el olor de la sal.

TENEMOS MIEDO

En la plaza, decenas de mujeres
y decenas de hombres han corrido a reunirse.
¿Qué voz los ha llamado? ¿A qué señal atienden?
Son cientos, miles ya, y yo estoy entre ellos.
¿Qué nos ha hecho venir?

La plaza está templada todavía
por el último sol. Apenas corre el aire.
Otras veces he estado en una multitud.
Si era niño, la gente, tanta gente,
me provocaba miedo, algo estaba pasando.
y corría a mi padre a preguntarle
por qué se reunían, qué esperaban.
Era el terror del niño que no entiende
y que se calma con la voz tranquila de su padre.

La ciudad está vacía.
Decenas, centenares de hombres y mujeres
se han juntado en la plaza.

Voy caminando entre ellos
y oigo lo que dicen.
¿Por qué han venido todos?
En cada grupo siempre repiten las palabras,
cada uno razona lo mismo que los otros.
Pero en todas las bocas no hay más que preguntas
como si un hombre solo pudiera preguntar.
¿Qué esperan en la plaza,
qué los mantiene quietos en la plaza?

*“La inquietud nos doblega, no nos deja vivir.
Aunque algunos nos hablan
del mal que amenazante va a acabar con nosotros,
otros dicen que ahora
comienza la esperanza de un futuro mejor,
y que para eso
tendremos que quemar todo lo bueno que tenemos ahora.
Y por eso esperamos,
alguien vendrá a decirnos, a calmarnos.”*

Tiemblo al oírlo. Igual que cuando niño,
hoy esta multitud me causa espanto.
Acudirán los sabios, cada uno
vendrá con su respuesta. Pero nunca
contestarán a la única pregunta.

Hay cientos en la plaza, todos están ya aquí.
Ni su temor ni su paciencia
encontrarán final.

VAGABUNDO

En un banco del parque, cada tarde distinto,
un viejo pordiosero, perdido en su cochambre,
manotea un discurso que solo escucha él
sin entender siquiera para qué tanta frase.

Solo un perro soporta su agria pestilencia
que mezcla el vino rancio con los sudores viejos.
Una verdad le muestran sus ojos; su cabeza
ha inventado otro mundo que cabe en pocos verbos.

Su mirada sin vida deja abierta una puerta

y a veces un recuerdo le hace llorar... Y luego
vuelve a su risa hueca, su vino, su colilla,
y nos mira intentando vanamente entendernos.

Esa cabeza hirsuta, con sus sucios mechones,
fue la cabeza un día de un niño entusiasmado
y más tarde de un vivo muchacho que tenía
todas las ilusiones que tienen los muchachos.

Tuvo el tibio consuelo del abrazo de un padre,
jugó con sus hermanos, pecó con sus amigos,
aprendió de maestros que su esfuerzo elogiaban
y más tarde inventó los besos, los olvidos...

¿Qué horrible tempestad, qué invierno helado
dejó también heladas sus pobres ilusiones?
¿Cuándo y quién transformó a un hombre que esperaba
su futuro, en un triste pobre entre los más pobres?

Apenas él lo sabe. No puede recordarlo.
El refugio al que acude cuando el invierno aprieta
está lleno de niños amados que hoy son hombres
viejos, sucios de orines, que ya nadie recuerda.

EL REY NO ESTÁ DESNUDO

El rey no está desnudo.
El rey ya no está nunca desnudo.
A pesar de los cuentos infantiles,
los sastres han aprendido a hacer bien su trabajo.
El rey está tranquilo:
lo mire quien lo mire
-el soberbio, el malvado, el inocente-
ahora ya nunca lo verá desnudo.

Los ropajes que lleva
ocultan su figura por completo,
no dejan ver sus labios,
esconden su estatura.
No podríamos decir si sonrío o si llora:
los ropajes que lleva
nos roban la expresión de su mirada.

Ahora el rey tiene el brillo
de un príncipe de Persia,
el aplomo de un jan de Mongolia,
nos deslumbra su luz, igual que deslumbraba
el brillo del monarca
del alto y del bajo Nilo.
Ya no vemos a un hombre:
vemos al fin a un rey.

Y los sátrapas
endulzando su voz, abriendo la sonrisa,
nos invitan con gestos de sus manos
a que gritemos vítores,
a que reverencemos su quehacer bondadoso,
aunque nunca sepamos qué bondades nos da.

el rey con su disfraz parece un campesino
disfrazado de un hombre de negocios
que va vestido de maestro
con ropones de santo.
El rey vive en su morada sencilla,
rodeada de un dédalo infinito
de hermosas y profundas selvas.

Los sastres aprendieron a hacer bien su trabajo.
También los sacerdotes, que ha ascendido al rey
a la altura de un santo,
a la altura de un dios.

Y todas las mañanas de domingo
salimos a la calle, esperamos el paso
de ese querido rey que nunca vemos.
Y los niños y algunas mujeres fervorosas
desean larga vida al rey que nos impone
su completa crueldad con mano cariñosa.

AL FINAL DEL DÍA

La casa entera se ha quedado en silencio.
A esta hora también la calle está vacía.
Muchas veces, así, cuando ya duermen todos,
me imagino que soy, bajo la luna fría,
el único que queda despierto, el único

que sigue revinando junto a la mesa limpia
todo lo que nos dicen que nos va a suceder
cuando mañana el sol nos ofrezca otro día.

Mientras dormimos guardamos la cabeza en una caja
y la cerramos para no escuchar el viento.
Pero quien vela lo oye, y también oye el agua
y los fusiles y las balas y además los lamentos
y sabe la injusticia y sabe la miseria
y no puede olvidarse del vecino violento
ni de la pobre chica que hoy se ha suicidado
porque la vida ha roto cada uno de sus sueños.

Ahora que la casa se ha quedado en silencio
y solo yo repienso lo que nos dio la vida,
vienen a estar conmigo los amigos, las voces
conocidas, y hay días que también desconocidas.
Mi corazón de noche se nutre de los sonidos
que mi mente fabrica igual que las abejas
van fabricando en el panal su cera blanca.
Mi corazón es tierra sembrada de recuerdos.

De noche, cuando todos disfrutan de sus sueños,
ante mí se levanta la imagen de mí mismo,
como si un gran espejo me mirase,
y con voz alta dirigiera sus palabras.
A veces, inflexible, me juzga y al ver mi cobardía
me condena a la tristeza perpetua.
Otras veces se calla, me mira, se me acerca,
me abraza como un hermano. Y llora.